

MARTIN HEIDEGGER, UN FILOSOFO HETERODOXO

JULIÁN SERNA ARANGO*

La filosofía de Heidegger constituye una auténtica singularidad dentro del panorama intelectual de Occidente, no sólo porque emprende una nueva lectura de la historia de la filosofía, en particular, y de la historia de Occidente, en general, sino además porque coloca en entredicho algunos de nuestros más añejos hábitos mentales y prejuicios culturales.

Idealismo-realismo, racionalismo-empirismo, fenomenología-positivismo, teoría-praxis, en fin, sujeto-objeto: hé ahí otras tantas antítesis en torno a las cuales suelen gravitar las "historias de la filosofía", y ante las cuales por momento pareciera inevitable tomar partido, así fuera, inclusive, de manera provisional. Heidegger, no obstante, descalifica por igual, a izquierda y derecha, los términos constitutivos de tales antítesis, como el producto de un error, como el resultado de un desvío.

Común a las diferentes posturas filosóficas características del Occidente post-presocrático, la concepción de la verdad como adecuación del sujeto al objeto o viceversa, pero siempre a partir de semejante antítesis. A la concepción de la verdad como adecuación, Heidegger opone la concepción de la verdad como *des-en-cubrimiento*, cuando la realidad se muestra ella misma en sí misma y por sí misma en el ir y venir de los conceptos. De allí que el Padre Hoyos acuñara el neologismo "verdadear", que alude mediante un verbo

* Universidad Tecnológica de Pereira

a la acción de *des-en-cubrir*, acción ésta que el sustantivo "verdad" difícilmente llega a registrar.

Es posible identificar numerosos fenómenos de la vida ordinaria, que en lo que tienen de propio y de distinto, airosos eluden cualquier intento por atraparles mediante ecuaciones lingüísticas de la forma: "A es B". El amor, el mito, el arte y el juego, y en general las modalidades connotativas de la comunicación, participan todos de semejante concepción, en cuanto constituyen actividades autogestoras de sentido.

Antes que develar el contenido de alguna región del ente, en particular, Heidegger dio un paso todavía más lejos, y se propuso de-en-cubrir el horizonte abierto del sentido: el ser.

Luego de haber nacido, muchos años deben pasar antes de hacernos la pregunta por la vida. ¿Cuántas veces el ser que somos nosotros se ha ocupado de un ente cualquiera, en lo relativo a su ser, antes de formularse la pregunta por el ser-mismo? Los filósofos presocráticos alguna vez se aproximaron. No obstante, Platón y Aristóteles habrán luego de confundir el ser con otros tantos entes particulares, originando así un desvío del pensamiento que se prolonga hasta nuestros días.

A través de su errancia, Occidente asumirá una tras otra las figuras de la Metafísica, modalidad espuria del pensar, derivada de la antítesis sujeto-objeto, hasta su consumación en la modernidad. Habiéndose agotado el repertorio de entes particulares que podían suplantarlos, al olvido del ser lo sucede -en última instancia- el imperio del ente. Es cuando sobreviene la crisis de la modernidad, cuando al recorte del mundo derivado del marginamiento o distorsión de una serie de actividades autogestoras de sentido, como el mito y el arte, se suma ahora el recorte de la libertad, producto del advenimiento de los Gólems, es decir, de los entes que únicamente obedecen al mandato de su inercia. En la época del predominio de la técnica, y en particular, del primado del método científico sobre la ciencia, el gigantismo -al decir de Heidegger- constituye su modalidad de "grandeza" característica, como en efecto puede verificarse en los casos del dinero y el poder político, del capital y el Estado.

Es menester entonces romper con esa inercia de siglos, retomar el mandato del inicio y corresponder al ser-mismo, así sea al precio de trascender las categorías de la gramática y la lógica ordinarias, y a partir de las cuales difícilmente pudiéramos tomar siquiera conciencia del desvío. Se trataría, por supuesto, de un pensar diferente, cuyo sentido derive por ejemplo de los efectos de conjunto provocados por la acción recíproca ejercida entre los contenidos del discurso, o las señas apenas perceptibles cuando el ser que somos nosotros se cruza con el ser-mismo.

Heidegger nos convoca en derredor de una determinada modalidad de pensamiento, en la que -para decirlo en términos corrientes-, a la par método y objeto todavía están básicamente inexplorados. Tarea ingente desde todo

punto de vista. No obstante, también sabemos lo que nos espera si desatendemos sus advertencias y perseveramos en la caída: el imperio del ente, la dictadura de los Gólems.

Próximos a cruzar el umbral del "no-regreso", Heidegger amplificó la voz del ser-mismo, su perentorio llamado, y asumió el desafío a través de un pensamiento viandante -para utilizar una más de las múltiples expresiones acuñadas por el Padre Hoyos-, un pensamiento que -parodiando al poeta- hace camino al pensar.

Entre quienes han explorado con acierto las sendas abiertas por el pensar heideggeriano, haciéndose partícipes de una gesta en tomo de la cual Occidente se juega su destino, debemos destacar hoy al Dr. Jaime Hoyos-Vásquez, S.J., recientemente fallecido, y cuya presencia, no obstante, permanece patente en la vocación de sus discípulos, en el legado intelectual que deja a la universidad, y en el ejemplo de su magisterio, que es patrimonio del porvenir.